

De profundis...



¡¿Pero, usted quien es...?! - exclamé cuando lo vi sentado en la sala de espera, refregándome los ojos con ambas manos, pues no me toleraba aceptar que yo, todo un facultativo de primera línea, estuviese viendo visiones. Es cierto que había bebido durante la tarde algunas copas de coñac, pero estando acostumbrado al alcohol, por lo menos en teoría, no deberían haberme afectado.

No podía verle la cara, pero era indudable que estaba muy deprimido. Su aliento era... muy desagradable. Su voz, monótona pero ondulada... me resultaba demasiado conocida. Mirarlo, me despertaba una mezcla ambivalente de extrañas sensaciones. Por un lado resultaba atractivo, fascinante, misterioso... sobre todo por aquello que ocultaba y no tanto, por lo que evidenciaba. Y por el otro lado... cuando uno lo miraba con algo de profundidad, no podía menos que desilusionarse ante su presencia anodina.

Me senté a escucharlo, dejando que se expresase en libertad. Como era mi último paciente, opté por serenarme. Su dicción dejaba mucho que desear. Años y años de ejercer la psiquiatría, me permitían vislumbrar rápidamente los casos más graves. Por momentos me interpelaba con ímpetu, intentando darme un nombre. “Rrrrrraúl” o “Rrrrevertiendo Rrrricarrdo Rrrrrrogelio”, parecía decirme, mientras reverberaba agotado en sus ruidos de erres prolongadas, como si fuese un enorme eco de un cañadón inmenso. “Luissssss”, parecía expresar en otras, como en una exhalación fugaz y casi afónica. “Pabblo” proclamaba a veces tímido, como trabándose en su esfuerzo máximo por identificarse. Además, era su forma extraña de afinarse la garganta.

- *Soy el culo...* - me dijo al fin con timidez, como si yo hubiese necesitado que él me lo aclarase. Nos quedamos mirándonos a los ojos como viejos conocidos (aunque reconozco que debí hacer un esfuerzo enorme para imaginarme sus globos oculares)

Comenzó hablándome de su infancia. Y contrario a lo que yo esperaba, la recordaba con mucho cariño y alegre felicidad. Aceites, perfumes y talcos, aplicados con esmero e incluso con algunos besos, se esparcieron por la superficie sedosa de su piel rosada de aquellos tiernos años. - *Todos hablaban de mí con ternura y en diminutivo. Pero luego, pasó, se acabó todo... y no lo puedo creer.*

Cuando creció, se terminaron el sol y la arena en libertad, pues debía permanecer tapado todo el día, como si su dignidad fuese inferior a los labios de la boca. Ser tocado en la escuela, equivalía a ser considerado en menos, ser simple y llanamente tildado como pusilánime. Discriminación horrible, que comenzó a traumarlo y a sentir vergüenza de sí mismo. Hasta el expresarse en público era motivo de risas y de retos - *¿Por qué se ríen de que cumpla bien con mi trabajo? ¡Si yo no soy tan*

sucio como esa boca de allá arriba, que al toser, elimina virus y bacterias repugnantes! – me decía con un llanto desesperado y maldiciendo su suerte tan amarga.

Yo asentía en silencio. Había logrado su confianza y él, se abría cada vez más. En sentido figurado, por supuesto. El torbellino hormonal de la adolescencia logró que entre otras cosas, le crecieran sus cachetes, pasando a ser – inesperadamente – el centro de atención y el comentario obligado en todas las reuniones. Y menos esperable aún, fue el debut sexual a su través - *¿Cómo puede ser?! – se preguntaba a los gritos, sin respuesta - ¿Qué tengo yo que ver con el amor?! – clamaba exigiendo venganza y golpeando con un puño el escritorio (por lo menos haciendo la onomatopeya, bastante parecida) – Era el lugar más sucio del cuerpo, pero sin embargo, erotizaba a todos con mis curvas... - se vanagloriaba a renglón seguido.*

Y en pleno matrimonio, sin que nadie le avisara, su anatomía era ocasión de cambio divertido en la rutina sexual de los esposos. Solo alguna vaselina y muy de tanto en tanto... amortiguaba en algo su dolor intenso. Nadie defendía su derecho de trabajar tan solo para expulsar los fétidos materiales de desecho, cuando ellos abandonan para siempre el organismo. – *¿No entienden que la mucosa del recto es insensible al dolor, pero los nervios de la piel que me rodean son demasiado delicados?! – me decía, con rostro compungido – El anillo muscular que me lo mantenía bien cerrado, era mi orgullo... pero hoy en día, solo quedan piltrafas de él, que no me sirven para nada.*

Más adelante, le sucedió que en una cálida mañana, amaneció con sus tejidos muy hinchados. Luego estos se le inflamaron más y más, hasta desarrollar un voluminoso trombo muy incomodo, sangrando muy profuso y agrandándose, hasta protruir antiestéticamente por afuera de él – Eran las malditas hemorroides y todo fue por culpa de los esfuerzos repetidos, durante esas evacuaciones que seguían a períodos de estreñimiento demasiado prolongados. Nadie se preocupaba jamás, por no dañarme... - lloraba sin consuelo. Y hasta debí acercarle un pañuelo de papel, para que secase sus lágrimas.

Otro día fue aún peor. Un tremendo dolor lo embargaba y una contractura, le impedía relajarse. Reflejado en un espejo, comprobó por si mismo que estaba totalmente fisurado. Un tajo enorme lucía como una herida extravagante, poniendo en evidencia su dolor y sus preguntas sin respuestas... - *¡Soy tan vulnerable!... - se quejaba a cada rato – ¿Habrán sido esas heces tan duras? ¿O habrá sido ese intruso tan enorme y tan brutal? – repetía en un tono monótono, transmitiéndome su pesar. – ya no importa – fue lo único que pude responderle, comprendiéndolo en su problema tan profundo.*

¡Me va a realizar una colostomía, un ano contra natura, un ano artificial!... ¡Por Dios! - me siguió hablando desde su amargura tan profunda – A mi edad, tener que jubilarme para siempre y no servir más para nada... Temo no soportarlo, mi querido doctor. Es demasiado... ¡Ayúdeme!

El tiempo de la entrevista se había terminado. Convinimos en continuar a los dos días, con esa consulta tan interesante. Le receté un sedante... como supositorio, por supuesto.

FIN